

Filosofía y educación¹

Jorge Aurelio Díaz
Universidad Nacional de Colombia
jadiaza@unal.edu.co

Resumen:

Esta disertación presenta unas consideraciones acerca de la filosofía, de la educación, y de la manera en que la educación puede ser enriquecida por la filosofía. Las que giran en torno a la filosofía la definen como la capacidad que los hombres tienen de someterse a las exigencias de un pensar autónomo (siguiendo a Kant), y a la vez como un dominio de saber que no puede prescindir de su propia historia (siguiendo a Hegel). Las consideraciones sobre la educación la caracterizan como el proceso por el que los individuos se hacen autónomos y sociables, cultivando su capacidad reflexiva a través de la práctica. El vínculo entre la filosofía y la educación reside en que sus reflexiones tienen como fin último la autonomía del individuo, razón por la cual la filosofía puede contribuir en gran medida a la práctica educativa. Aquí se propone una orientación de la enseñanza de la filosofía, una «educación para la tolerancia», según la cual los profesores estimulen la actitud crítica de los estudiantes con buenas dosis de escepticismo, pero también que manifiesten la necesidad de establecer el diálogo con pretensiones de verdad (sólidas convicciones) y la necesidad de reconocer la diversidad de pareceres como algo positivo (siguiendo la acción comunicativa de Habermas). Además, se señalan los peligros a los que un mal estudio de la filosofía puede conducir: la ausencia de convicciones o el fanatismo.

Palabras clave: filosofía, educación, autonomía, razón, escepticismo, tolerancia.

Abstract:

This discussion give us some views about philosophy, also about education and additionally about the way education can be enriched by philosophy. The views on philosophy define it as the men's capacity to surrend themselves under the requirements from an authonomous thinking (following Kant), and at the same time as a knowledge range that can not leave its own history (following Hegel). The views on education position itself as the process through individuals make themselves authonomous and socials, by taking care of their reflexion capacity on practice. The linkage between philosophy and education is based on the fact that their reflexions pursue the ultimate finality of individual authonomy, which is the reason for the philosophy contributing mostly to educational practice. Hence, it is proposed an orientation to teach philosophy , an «education for tolerance», according to that teachers stimulate the critical attitude from students empowered with an important dose of skepticism, but also expressing the need to establish dialogues over «assumed truths» (solid conviction) and the need to recognize the thinking diversity as a positive fact (following Habermas communicative action). Besides, it is pointed out the dangers which a bad study on philosophy may conduct people: absence of conviction or fanaticism.

Key Words: philosophy, education, authonomy, reason, skepticism, tolerance.

1 Conferencia inaugural de la V Reunión de Profesores que enseñan filosofía, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 14 de octubre de 2004.

No puedo menos que comenzar agradeciendo el honor que se me concede al invitarme a tomar parte en este *V Encuentro de profesores que enseñan filosofía*, presentando, como lección de apertura, algunas consideraciones acerca del tema, en gran medida inagotable, de las relaciones que existen entre la Filosofía y la Educación. Hace ya casi 10 años tuve ocasión de disertar ante un auditorio semejante, en la ciudad de Barrancabermeja, y en aquella ocasión me permití tomar como tema de mi exposición la pregunta, para mí nada fácil, de ¿cómo justificar la enseñanza de la filosofía en el *pensum* de bachillerato? Y digo que esa pregunta no es nada fácil para mí, porque a primera vista su respuesta parece evidente: ¿no ha sido acaso la filosofía, desde sus orígenes en el mundo griego, la gran maestra, la llamada por excelencia a formar mejores ciudadanos, personas responsables, a orientar el comportamiento y prepararnos para la muerte? De todas las materias que puedan pensarse que deben formar parte de la educación de la juventud, ninguna cuenta con mejores y más acreditadas credenciales que la filosofía.

Pero quienes hemos tenido ocasión de trasegar largo tiempo por la filosofía, quienes hemos tenido oportunidad de escuchar a los grandes maestros del pasado y del presente, sabemos muy bien que en filosofía son precisamente aquellas preguntas cuyas respuestas parecen evidentes, las que más deben despertar nuestra sospecha, porque suele suceder que tras ellas se escondan las claves para dilucidar problemas cuya solución nos desconcierta. Una respuesta evidente debe ser para el filósofo, tal como lo han enseñado los escépticos de todos los tiempos, un

motivo de alarma y de preocupación. Y el escepticismo, bien lo sabemos, ha sido el acicate que ha mantenido viva la reflexión filosófica a través de los siglos.

Comencemos entonces por preguntar si la enseñanza de la filosofía en el bachillerato goza en verdad de un derecho evidente, si su enseñanza está, por decirlo así, justificada *a priori*. Y veremos entonces cómo, una vez que nos hemos hecho la pregunta, surgen una serie de cuestiones inquietantes que deberían ser objeto de nuestra mayor atención. En efecto ¿podemos seguir creyendo, con no poca ingenuidad, que el principio central de la Ilustración según el cual el desarrollo de la capacidad de reflexión, la audacia para asumir por uno mismo la responsabilidad de pensar, el famoso *sapere aude* de Kant en su conocido opúsculo sobre *¿Qué es la Ilustración?*, puede ser mantenido hoy sin ningún cuestionamiento? ¿No ha sido acaso la filosofía, con su atrevimiento y su osadía, que la ha llevado a cuestionar todos los valores, a dudar sobre todo aquello que las sociedades en diversas civilizaciones y a través de los siglos han tenido como intocable y sagrado, a exigir que se justifiquen ante el tribunal de nuestra razón las convicciones más arraigadas y respetables, no ha sido la filosofía, repito, la que ha contribuido como la que más a la instauración de ese fenómeno que Nietzsche llamó acertadamente el *nihilismo*? ¿Estamos en realidad convencidos de que nuestra enseñanza de la filosofía ha contribuido, y está contribuyendo, a la formación de ciudadanos más responsables, más dueños de sí mismos, más solidarios y comprometidos? ¿No corremos el peligro de estar formando personas inseguras en sus convicciones, o tal vez fanáticos que se

niegan a discutir sus pretendidas verdades absolutas? ¿Estamos seguros de no estar contribuyendo al surgimiento de una generación desilusionada, indiferente e incapaz de asumir compromisos?

Hoy más que nunca, cuando la filosofía misma busca afanosamente su propia justificación, cuando, siguiendo el viejo adagio latino, reinan en ella *quot capita, tot sensus*, tantas cabezas como sentidos ¿podrá ella estar en condiciones de servir de guía y orientación para la juventud? Creo que es una pregunta que merece ser examinada con toda la seriedad y la responsabilidad del caso. Pero no es ella, en verdad, la que ha de constituir en esta ocasión el centro de mi atención. La he traído a cuento porque la considero de tal importancia cuando reflexionamos sobre las relaciones de la filosofía con la educación, que sólo sobre el trasfondo de la misma, sólo como un ejercicio preliminar para poderla enfrentar con mejores esperanzas de una respuesta exitosa, podemos abordar la pregunta que será hoy el objeto de mi atención, atendiendo, en la medida de mis posibilidades, a la solicitud que me fuera hecha de disertar acerca de la filosofía y la educación.

Tratemos entonces de centrar nuestra atención sobre las relaciones que cabe establecer entre la filosofía y la educación. Y comencemos por constatar que ambos términos, filosofía y educación, carecen hoy de una clara y precisa delimitación que nos permita tomarlos como evidentes por sí mismos. Ya señalamos cómo la filosofía, sobre todo en lo que podemos llamar la modernidad tardía, es decir, en la época que nos ha tocado en suerte vivir, no sólo carece de una definición que pueda aspirar a ser aceptada por todos los que la practican

como profesión, sino que se presta a elaboraciones de muy diversa índole acerca de su misma función cognoscitiva, elaboraciones que muy difícilmente pueden ser consideradas como compatibles.

Baste pensar, por ejemplo, en la interesante presentación que nos hace Carolina Rodríguez en su estudio sobre *La filosofía analítica en Colombia* (Editorial el Búho, Bogotá, 2002), cuando al iniciar el libro se pregunta, en el primer capítulo: ¿Qué es lo analítico? Al hojear esas páginas salta a la vista cómo, en una sola de las corrientes filosóficas que podríamos considerar hoy contemporáneas, se lleva a cabo un amplio debate para tratar de definir cuál sería la tarea propia de lo que se sigue llamando hoy filosofía. Así, pues, cuando pretendemos hablar de relaciones entre filosofía y educación, tendríamos que comenzar preguntando a qué nos referimos con el término filosofía.

1. Consideraciones acerca de la filosofía

Kant nos había dicho, con mucho sentido, que no es posible enseñar filosofía, sino que sólo podemos aspirar a enseñar a filosofar. Esto pareciera significar que los contenidos de aquello que se enseña, cuando nos referimos a la filosofía, carecen de importancia, o al menos juegan un papel muy secundario en comparación con las formas o los métodos de la reflexión. Y en cierta forma ello es correcto. Porque lo que en realidad puede caracterizar a la filosofía, más allá o más acá de todas las variadas doctrinas y escuelas que hayan podido surgir a lo largo de la historia, o de las amplias divergencias que presenta en sus versiones actuales, es que se trata de una reflexión que busca regirse por sus propios criterios, de

un ejercicio de la razón que no está dispuesto a aceptar sino las reglas que esa misma razón se dicte. En otras palabras, podemos decir que filosofar consiste en ejercitar la razón en su pretensión más elevada, la de una completa autonomía regulativa.

Porque esta es precisamente la característica propia del pensar racional: que no admite criterio de control sobre su ejercicio, distinto de aquél que la misma razón establece. Y esto es así porque, quien pretenda criticar el ejercicio de la razón, quien pretenda, como lo hizo Kant con toda la responsabilidad de su elevado genio, someter la razón al ejercicio de justificar sus propias credenciales, no puede hacerlo sino ante el tribunal de la misma razón. Nadie puede criticar a la razón si no posee buenas *razones* para ello.

Sin embargo, si bien esto es así, si lo que realmente cuenta en el ejercicio de la filosofía es la capacidad de someterse a las exigencias de un pensar autónomo, es decir, capaz de dar razón de sí mismo, ello no permite concluir, por supuesto, que los contenidos de ese pensamiento sean por completo indiferentes para el propósito de enseñar a filosofar. Porque, como ya lo señalara Hegel con agudeza, no es cierto que cualquiera, por el sólo hecho de tener una mente, esté en condiciones de poder utilizarla en forma correcta, así como no es cierto, decía él con sorna, que por el solo hecho de que tengamos unos pies y unas manos, que son los instrumentos indispensables para ejercer la profesión de zapatero, seamos ya por ello buenos zapateros. Si es necesario aprender zapatería, a pesar de que tengamos por naturaleza los instrumentos necesarios para ello, cuánto más resulta necesario aprender a filosofar, como podemos comprobarlo

cuando nos acercamos a los grandes maestros del pensamiento.

Y para esto contamos, en el caso de la filosofía, con una muy apreciable ventaja comparativa, ya que los años han permitido ir decantando en muy buena medida a los grandes pensadores y sus grandes obras, que son aquellas que han sido sometidas, con el correr de los siglos, al más despiadado interrogatorio y al escrutinio más severo, y han podido, si no aprobar por entero ese minucioso examen, sí al menos seguir siendo objeto de interés y fuente de inspiración para nuevos cuestionamientos. Esta es, para mí, la razón fundamental para que la enseñanza de la filosofía no pueda prescindir nunca de su propia historia. No se trata de una veneración por los antepasados, de rendir culto a la autoridad de la tradición, sino de reconocer el valor de aquellas obras que han servido, y siguen sirviendo de inspiración a quienes asumen la dura tarea de la reflexión filosófica.

Ahora bien, esa ventaja comparativa que tenemos en la filosofía, al disponer de un abundante arsenal de obras maestras, constituye a su vez un grave peligro que todos conocemos muy bien: el que la autoridad de tales obras, el prestigio de sus autores, unido a nuestra natural pereza intelectual, las convierta en disculpas para evitar el duro trabajo de “tomar sobre sí el esfuerzo del concepto”, como decía Hegel. Y esta incapacidad de apropiarse del pensamiento ajeno y convertirlo en pensamiento propio, de llegar hasta alcanzar convicciones firmes, argumentos sólidos e ideas en verdad claras y distintas es, creo yo, la razón más profunda por la cual la enseñanza de la filosofía puede convertirse, de un aprendizaje para pensar por cuenta propia, en un ácido que termina corroyendo

la posibilidad misma de alcanzar verdaderas convicciones. El pensamiento, no lo olvidemos, es una medicina muy poderosa, que cuando se la toma en dosis inapropiadas, termina convirtiéndose en un peligroso veneno. De modo que, quienes por vocación hemos asumido la tarea de dosificar su formulación, debemos tener conciencia de la gran responsabilidad que nos compete, porque, bien dosificada y suministrada de manera adecuada, puede ser un remedio muy eficaz que llega a salvar vidas, pero consumida sin método y devorada sin la consabida crítica, sólo produce malestar, desconcierto y frustración.

Ahora bien, si esto cabe decir de la filosofía para tomar conciencia, como se proponía Kant, de sus grandes posibilidades y de sus verdaderos límites, tratemos entonces de reflexionar un poco sobre lo que cabe decir acerca de la educación, otro concepto que, como ya lo señalamos, no podemos considerar como evidente por sí mismo.

2. Consideraciones acerca de la educación

Tomada en su sentido más formal y abstracto, la palabra educación se refiere al proceso mediante el cual un ser humano adquiere las competencias necesarias para llevar una vida consciente y responsable en el seno de una sociedad dada. Educar es ofrecer el espacio y la condiciones para que la persona sea capaz de tomar en sus manos su propia existencia, consciente de la responsabilidad que le compete con respecto a sus semejantes. En este sentido general, no resulta difícil mostrar cómo la filosofía está en condiciones de jugar un

papel primordial en la adquisición de esas competencias. Porque la primera condición para adquirirlas no puede ser otra que el ejercicio de una reflexión seria y cuidadosa, capaz de dar razón sobre sí misma.

Esto, precisamente, debe hacernos reflexionar sobre cuál deba ser la función que desempeñe el aprendizaje de la filosofía en la formación de estudiante de secundaria. Porque sólo así estaremos en capacidad de determinar los contenidos y los métodos de su enseñanza, los objetivos de la misma y los mejores medios para alcanzarlos. Si alguna de las materias que conforman el *pensum* de bachillerato debe estar en condiciones de examinar sus propias condiciones de posibilidad, de establecer con claridad sus objetivos y seleccionar los mejores medios para alcanzarlos, esa debe ser la filosofía, llamada como está a ofrecer los criterios de una sana y exigente crítica, capaz no sólo de detectar las falencias, sino de proponer los remedios más adecuados para corregirlas.

Ahora bien, este ejercicio de auto-evaluación, de auto-ponderación, no es algo que pueda ser llevado a cabo de una vez por todas, sino que constituye una exigencia constante para conformar lo que podemos llamar un verdadero círculo, no vicioso, sino virtuoso, de retroalimentación. Círculo que va de la reflexión a la práctica, para retornar de ésta nuevamente a la reflexión. Y esa tarea la debe desempeñar la filosofía, no únicamente sobre sí misma, sino que habrá de proyectarla sobre el proceso todo de la educación. Con ello asume un papel muy peculiar dentro de la tarea educativa, que no es en modo alguno la pretensión de ser la orientadora de dicha tarea, sino que recupera aquella función que asumiera el gran maestro Sócrates en los orígenes

mismos de nuestra cultura occidental: la de convertirse en el *tábano* que con su constante zumbido y sus picaduras impide que caigamos en el sueño apacible de la rutina indiferente.

Educación es despertar en el educando su espíritu de búsqueda, su capacidad de cuestionar lo evidente, de confrontar las ideas, de abrirse a nuevos horizontes. Y para cumplir esa tarea la filosofía cuenta con una muy larga experiencia, y con métodos que han probado ser altamente eficaces. Pero el proceso educativo comporta un elemento que debemos examinar con atención porque implica, como lo señala muy bien el mito bíblico del Paraíso terrenal, perder la ingenuidad, desprenderse del estado natural irreflexivo, propio del niño, para acceder al gris y peligroso mundo adulto de la deliberación y la duda, tan lleno de acechanzas. Y en este sentido, el proceso educativo conlleva una inevitable experiencia dolorosa, la pérdida del Paraíso, el tener que aprender a ganar el pan con el sudor de la frente.

En una hermosa narración con tintes autobiográficos, titulada *La infancia del mago*, Hermann Hesse nos describe muy bien el doloroso cambio que se lleva a cabo al pasar de la infancia a la adolescencia:

Ese deseo y ese sueño de ser mago los conservé durante mucho tiempo, –nos dice–, pero comenzaron a perder fuerza; les surgieron enemigos; se enfrentaron contra un hecho real, severo e indiscutible. Lenta, muy lentamente, fue marchitándose esa flor; de lo ilimitado fue surgiendo ante mí lo limitado, el mundo real, el de los adultos. Aunque lo conservaba aún, ese deseo de ser mago se me fue convirtiendo lentamente en algo sin valor, en una chiquillada. Había algún aspecto de mi

vida en el que había dejado de ser niño. Ya el mundo infinito e inagotable de lo posible tomaba límites, se dividía en parcelas, era atravesado por cercas. Lentamente se transformaba la selva de mis días y el paraíso a mi alrededor comenzaba a petrificarse (*Infancia del mago*, Ediciones Atenta Mente, Bucaramanga, s.f., pp. 60-61).

De ahí que el mayor logro de la educación consista en atravesar esos años difíciles, pero llenos de promesas y de esperanzas, manteniendo un equilibrio siempre inestable entre la desilusión y la esperanza, entre el sueño y la realidad, entre el desencanto y la búsqueda de objetivos más altos. Tarea difícil, sin duda, pero no imposible, que no podemos esperar cumplir desde la escuela sin el apoyo indispensable de la familia y de la sociedad en general. Porque con respecto a la educación en el hogar, la escuela sólo puede aspirar a desempeñar una función complementaria; indispensable, sin duda, pero nunca sustitutiva.

Ahora bien, con estas breves y muy someras consideraciones, tanto acerca de la filosofía como de la educación, podemos preguntarnos cómo determinar mejor las relaciones que se pueden establecer entre una y otra, sobre lo cual hemos ya avanzado algunas indicaciones. Para responder la pregunta, y teniendo en cuenta lo que hemos dicho hasta aquí, voy a centrar mi atención en un aspecto que considero fundamental, y en el cual la enseñanza de la filosofía puede cumplir, a mi parecer, una tarea importante, a la que voy a llamar “educación para la tolerancia”.

3. La “educación para la tolerancia”

Aquí también cabe comenzar con una importante consideración terminológica. Siempre me ha llamado la atención que nuestro lenguaje no posea una palabra más adecuada para expresar lo que quisiéramos decir con el término ‘tolerancia’. Porque la palabra tiene un origen y una pretensión que están muy lejos de corresponder con lo que actualmente quisiéramos expresar con la misma. En un comienzo la palabra tolerancia se refería a la actitud que debemos tomar frente a aquellas situaciones que consideramos negativas o inaceptables, pero que no podemos evitar o corregir sin causar un mal mayor. Era el caso, por ejemplo, de la división entre los cristianos durante los siglos XVI y XVII en la vieja Europa. Esa división era vista por todos como algo indeseable, como algo que no debería ser, de modo que cada facción deseaba que las otras desaparecieran, o reconocieran su error y se convirtieran. Pero ello no parecía posible sin llegar a consecuencias aún peores, como lo habían demostrado hasta la saciedad las interminables guerras religiosas que asolaron a Europa como consecuencia de ello, de modo que no les quedó más remedio que ‘tolerarse’, es decir, aceptarse mutuamente a pesar de su mutuo rechazo. Y un caso semejante lo encontramos cuando se habla de tolerar fenómenos como el de la prostitución, por ejemplo.

Ahora bien, cuando queremos hablar hoy de una “educación para la tolerancia”, no podemos referirnos sólo al hecho de tener que aceptar fenómenos que consideramos indeseables, pero que no estamos en condiciones de suprimirlos sin causar un mayor daño. Se habla entonces de

‘tolerancia positiva’, buscando indicar con ello que aceptamos las diferencias como algo positivo; pero con esto no creo que logremos borrar el estigma que comporta esta palabra desde su origen. Porque una verdadera “educación para la tolerancia” debe aplicarse de manera mucho más amplia al fenómeno de la pluralidad de convicciones, que no cabe considerar como algo negativo, algo que no debería ser. Ahora bien ¿cuáles serán las condiciones de posibilidad de una tolerancia en este sentido?

En primer lugar, tenemos que desarrollar una manera de pensar según la cual la diversidad y la divergencia de las convicciones no sea vista sin más como un fenómeno indeseable. Y esto, a su vez, implica dos aspectos fundamentales. Por una parte, y en sentido negativo, disponer de límites claros para el ejercicio de la divergencia, es decir, saber hasta dónde y por qué puede aceptarse la disparidad, y hasta la misma contradicción, en las formas de pensar acerca de asuntos de importancia. A esta primera parte la voy a llamar el “escepticismo acerca de la posesión de la verdad”. Y una segunda parte, esta vez positiva, que consiste en establecer los criterios para convivir con esas divergencias, es decir, estudiar la manera de manejar los inevitables conflictos que se presentan en una sociedad compuesta por grupos que orientan sus comportamientos desde perspectivas muy diversas. Para esta segunda parte ya disponemos en la filosofía contemporánea de un término acuñado por Jürgen Habermas: “teoría de la acción comunicativa”.

Detengámonos entonces a considerar en primer lugar el aspecto negativo, es decir, lo que he llamado el “escepticismo acerca

de la posesión de la verdad”. Y para ello recordemos lo que habíamos señalado anteriormente: que el escepticismo ha cumplido, en la historia de la filosofía, el papel de motor o de impulso para la reflexión filosófica. Pero ese papel lo ha podido cumplir precisamente porque su ejercicio ha contado siempre con la más férrea oposición por parte de los mismos filósofos. Cabe traer a cuento aquí la interesante idea que desarrolla Fichte en su *Doctrina de la ciencia*, cuando señala que, si consideramos el fundamento de todo ser y de todo conocer como un impulso fundamental de auto-afirmación, recogiendo así la idea expresada ya por Spinoza, ese impulso no puede pensarse como real, si no cuenta con una oposición que le haga frente, un *Stoss*, como él lo llama, es decir, un choque que le otorgue la necesaria contraposición para no perderse en la pura nada. Es el mismo caso de la famosa paloma de Kant, que necesita la oposición que le hace el aire para poder volar. En otras palabras, no podemos pensar el ser como absoluto devenir, como energía originaria, sino en la medida en que lo pensamos marcado por un movimiento contradictorio de oposición, de freno.

En el caso que nos atañe, que es el de la duda escéptica, lo que podemos constatar es que esa duda no ha terminado siendo una pura disolución de todo pensamiento, precisamente porque ha contado siempre con el esfuerzo titánico de grandes talentos que le han opuesto resistencia, buscando a través de ella alcanzar convicciones sólidas o verdades inamovibles. Y de esa lucha incansable ha vivido siempre la filosofía. Lo que para mí tiene una gran significación, cuando pensamos en la tarea que puede cumplir la filosofía en el proceso educativo,

porque nos permite hacernos consciente de la doble labor que tenemos que realizar como profesores de la misma.

Por una parte, es necesario llevar a cabo un implacable ejercicio de duda, de duda metódica, como decía Descartes, para someter todas nuestras convicciones, por seguras y valiosas que nos parezcan, al más despiadado escepticismo. Quien en filosofía pretenda a la vez “nadar y cuidar su ropa”, no podrá llegar muy lejos, me decía muy sabiamente un viejo profesor hace muchos años. Y ese ejercicio tiene que hacerse con absoluta honradez. No podemos pretender cuestionar unas verdades y esconder otras, o ponerlas de manera tramposa el abrigo de todo cuestionamiento. Un verdadero profesor de filosofía es quien ha sido capaz de dudar de sus más preciadas convicciones, y está siempre dispuesto a hacerlo, cuando encuentre serias razones para ello.

Pero para que este escepticismo sistemático no se convierta en un puro ejercicio destructivo, es necesario que a través de él hayamos alcanzado verdaderas y sólida convicciones. Sólo quien las tenga debería atreverse a desempeñar la tarea de enseñar a filosofar. Ahora bien, no se trata de transmitirle a los estudiantes esas mismas convicciones a las que hayamos llegado, no se trata de convertir la cátedra de filosofía en una tribuna para conseguir adeptos. Ante todo, porque si hemos llegado a alcanzar convicciones en verdad sólidas, es porque hemos llegado a ellas a través de un arduo y largo ejercicio de reflexión y de aprendizaje. Y mal podríamos pretender ahorrarles a los estudiantes el recorrer ese camino, el llegar a la meta por un falso atajo.

Ahora bien, la razón más profunda por la cual esas convicciones a las que hayamos llegado no pueden ser transmitidas sin más a

nuestros oyentes, es porque las verdaderas convicciones filosóficas no pueden ser desprendidas del proceso que las hizo posible. Una convicción profunda es un producto vivo, como una flor, que desprendida de su tallo no puede sino marchitarse. Lo único que nosotros podemos hacer, como ya lo hemos dicho, es enseñar a filosofar, es decir, darle al estudiante los instrumentos necesarios para que él recorra su propio camino, para que él alcance sus propias convicciones, y para que sepa dar razón de ellas. Sólo así estará en condiciones de apreciar las convicciones ajenas, cuando vea en ellas, no la afirmación de un capricho ciego, sino el resultado de un camino diferente, de una posibilidad nueva.

4. Consideraciones finales

Tratemos de resumir en pocas líneas lo que hemos venido diciendo, para retomar el hilo conductor que ha orientado mi reflexión. Por una parte, hemos visto cómo la filosofía, gracias a su decisión de someterlo todo al escrutinio implacable de la razón, tiene un poder destructor innegable, de modo que, a la manera de un bisturí, está en condiciones de salvar una vida o de segarla. Por ello es necesario que quien la enseña haya sabido llegar, a través de una duda metódica y un ejercicio honrado de su capacidad de reflexión crítica, a convicciones profundas seriamente sustentadas. Porque sólo así estará en condiciones de enseñar a filosofar. Pero no se trata, claro está, de trasladar esas convicciones a sus estudiantes, en un ejercicio de proselitismo político o religioso, porque la cátedra no puede convertirse ni en tribuna, ni en púlpito. Lo que debe

buscarse es que ellos aprendan cómo llegar por sí mismos a sus propias e intransferibles convicciones.

Ahora bien, en la medida en que las convicciones que ofrece el ejercicio filosófico hayan sido el resultado de una reflexión personal, seria y responsable, quien las posee estará en condiciones de poder apreciar el valor de convicciones diferentes, entendiéndolas como otras tantas oportunidades diversas a las que puede llegar la reflexión. Es ahí donde encontramos la verdadera semilla de una actitud tolerante, no en el sentido de resignarse a la diversidad de pareceres como un mal inevitable, sino en el sentido de entender esa diversidad como una riqueza cultural que es necesario respetar y cultivar. Ahora bien, esto exige que las diversas convicciones, por heterogéneas y diversas que sean, estén dispuestas a someterse a las condiciones mínimas que establece una verdadera “teoría de la acción comunicativa”, es decir, a las normas racionales para alcanzar consensos mínimos que permitan la convivencia social sin tener que renunciar a las convicciones divergentes.

Tengamos en cuenta que, si bien es cierto que un poco de filosofía mal digerida puede convertirse en un peligroso veneno, una buena dosis de ella, bien balanceada, tiene el carácter de un saludable reconfortante. Todo es cuestión de honradez intelectual y de responsabilidad académica, como bien lo decía Kant cuando recalca la necesidad de una cuidadosa e implacable crítica de la razón, que se dirigiera no solamente a los diversos contenidos que nos es dado conocer, sino ante todo y sobre todo a nuestra misma capacidad de conocimiento.

En otras palabras, creo que si alguna labor puede desarrollar la filosofía en el

proceso educativo, es precisamente enseñar las condiciones necesarias para el ejercicio de una verdadera tolerancia, y esto sobre todo en un país como el nuestro, donde el peso de las tradiciones, sobre todo religiosas, ha logrado inocularnos una perversa forma de pensar cuyas consecuencias podemos constatar a diario. Porque creemos que la verdad es un objeto que puede ser poseído, algo de lo que podemos llegar a ser dueños, de modo que nos resulte permitido obligar a los demás a aceptar nuestras convicciones por cualquier medio a nuestro alcance. Y que toda duda y todo cuestionamiento es una debilidad o una traición, y en todo caso una amenaza. Es ahí donde se halla la verdadera raíz de nuestra intolerancia, fuente de la violencia más descarnada, y que tan

graves consecuencias ha tenido sobre nuestra historia. Estamos convencidos de poseer la verdad, y rechazamos en forma violenta a quien se atreve a cuestionarla, o pretende hacernos dudar de ella, precisamente porque nuestras convicciones no son el resultado de una reflexión seria y serena, sino de sentimientos, muchas veces muy respetables, pero no por ello los mejores consejeros. No solemos estar convencidos de algo, sino creer en ello con una firmeza de carácter religioso. Por eso mismo cabe esperar que la filosofía pueda aportar su grano de arena en esta importante tarea de exterminar los fanatismos, y de abrirnos a la muy grata experiencia que significa ser capaces de dudar, y de disfrutar la riqueza que ofrece la diversidad.

Tunja, octubre de 2004

Recibido 14/10/04. Aprobado 29/10/04